

MITOS Y REPRESENTACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Editores

Gastón Becerra | Joaquín Mezzadra | Guillermo Movia



“La IA puede ayudar en el duelo”. ¿Es posible un consuelo artificial ante la muerte?

Carla Ávila

*“Gracias a la vida que me ha dado tanto
Me ha dado la risa y me ha dado el llanto
Así yo distingo, dicha de quebranto
Los dos materiales que forman mi canto
Y el canto de ustedes, que es el mismo canto
Y el canto de todos que es mi propio canto”
Violeta Parra, “Gracias a la vida” (1966)*

La ilusión de burlar a la muerte

El duelo es una experiencia universal e inevitable, una respuesta vital esencial del ser humano ante la pérdida. Sin embargo, en nuestra cultura occidental y, particularmente, en esta era digital, la muerte —y con ella el duelo— ha sido progresivamente relegada, silenciada o tecnificada. En este contexto, las tecnologías digitales están transformando no solo nuestra relación con la vida, sino también con la muerte. Hoy, herramientas basadas en IA y procesamiento de datos permiten recrear voces, imágenes, interacciones y hasta simulaciones conversacionales de personas fallecidas. Ya no se trata solo de fotos enmarcadas ni recuerdos en la memoria: hablamos de chatbots con la voz de los ausentes, réplicas digitales entrenadas con huellas virtuales, hologramas de celebridades resucitadas para nuevos espectáculos e incluso declaraciones de impacto frente a jurados en un juicio donde la víctima fallecida le “habla” a su victimario. En contraparte existen proyectos cuya propuesta es ofrecer el espacio en vida, para que uno pueda “inmortalizar” su propia conciencia o hacer un “*backup* mental” y genético en la nube, con fines de futura reconstrucción. Esta tendencia, que parece salida de una novela de ciencia ficción, se vuelve cada vez más concreta... y rentable.

Frente a la brutalidad de la muerte, emerge un nuevo mito: que la IA puede ser una herramienta para mantener el vínculo con quienes ya no están. Un consuelo algorítmico ante la pérdida. Una manera de suavizar el golpe existencial de la ausencia total. En la desesperación de retener a nuestro ser querido un poco más, definitivamente es una idea tentadora, pero este fenómeno, que puede parecer individual, cobra un espesor distinto cuando lo “elevamos” a un orden social más amplio.

Parecería que elegir hablar con una réplica digital de un ser querido es una decisión puramente personal. Pero detrás de esa escena íntima hay una estructura social que nos empuja a evitar el dolor, a tecnificar la ausencia y a consumir consuelo.

El tabú de la muerte en Occidente

¿Dónde surge este mito? ¿Qué lo sostiene y qué riesgos conlleva? Para abordar esto, hay que pensar más allá de la tecnología: debemos interrogar a la cultura que la produce. En Occidente, la muerte se ha vuelto tabú. No se nombra, no se muestra, no se integra. Como señala el sociólogo Norbert Elias (1982), reconocido por sus aportes al estudio del proceso civilizatorio, intentamos “matar la muerte” con el silencio. Esta evitación social genera una gran dificultad para asumir la finitud. En ese terreno fértil, donde no queremos mirar el abismo, florecen las promesas de inmortalidad digital.

El imaginario tecnocientífico dominante insiste en que todo es mejorable. Que la muerte es una falla del sistema. Que la conciencia puede subirse a la nube. Estas ideas, cercanas al transhumanismo, instalan la noción de que es posible superar los límites biológicos. En este marco, preservar digitalmente a una persona no parece un delirio, sino un paso lógico hacia el futuro.

Las réplicas digitales se insertan en una tendencia cultural más amplia: el deseo de borrar la ausencia. De evitar el duelo como trabajo psíquico. Esta ilusión se materializa en fotos animadas, en *deepfakes* emotivos, en perfiles que siguen activos después de la muerte. Como si estar digitalmente disponible fuera equivalente a estar vivo.

Quizás sea interesante recordar, hoy más que nunca, que la IA puede organizar datos, pero no debería organizar sentidos. La forma en que miramos la muerte —y la vida— no puede estar dirigida por sistemas que optimizan interacciones. La construcción del sentido frente a la pérdida debe seguir siendo una tarea humana. Frente a un contexto en el que hasta un 15% de los dolientes desarrollan cuadros de duelo complicado y/o patológico (un duelo que no avanza, se cronifica o interfiere gravemente en la vida cotidiana), la aparición de soluciones “rápidas” se vuelve seductora, aunque riesgosa.

Y no han tardado en aparecer empresas dispuestas a capitalizar esa idea tan tentadora, ofreciendo soluciones digitales que prometen consuelo a cambio de consumo. Actualmente hay varias opciones y precedentes; por citar algunos: Replika (con más de 30 millones de usuarios diarios), Project December, HereAfter AI, Paradot y Chai AI, entre otras.

“La IA puede ayudar en el duelo”. ¿Es posible un consuelo artificial ante la muerte?

La muerte en clave psicológica

Entonces, ¿las réplicas ayudan en el duelo o lo interrumpen? El trabajo de duelo implica aceptar la realidad de la pérdida y transformar el vínculo. Una IA que simula la presencia del otro puede evitar esa confrontación. Puede postergar el dolor, pero también congelar el proceso, dejando al doliente “atrapado en una reiteración estéril”.

Duelo no es olvido, pero tampoco es fijación. Es recolocar emocionalmente al ser querido, no aferrarse a su versión más perfecta, más socialmente mostrable, más “entrenable”. Una réplica digital es un artefacto, no una persona. No discute, no cambia, no contradice. La relación con ella es un espejo: el doliente habla y la IA responde en bucle, sin historia compartida ni experiencia mutua real. La experiencia humana es inabarcable en su totalidad. Siempre va a haber algo que no será posible de replicar, simbolizar, explicar, tocar ni masificar.

Según Sigmund Freud (1920), médico neurólogo y fundador del psicoanálisis, en el inconsciente nadie cree en su propia muerte. La desaparición total del otro —y de uno mismo— genera una angustia intolerable. La IA aparece entonces como una promesa de control: frente a la ausencia radical, ofrece una forma de retener, de eternizar, de no soltar. La ilusión de seguir “teniendo” a alguien, aunque sea como un eco. Freud (1917) también sugiere que aceptar la pérdida —propia y ajena— no solo es una forma de atravesar el dolor, sino también una vía inesperada para revalorizar la vida. En “Duelo y melancolía” plantea que el duelo es un proceso activo de desvinculación psíquica. Si no se elabora, se transforma en melancolía, en donde el yo queda atrapado en la sombra del objeto perdido. Ver de frente la pérdida es también un modo de encontrar una belleza especial en la transitoriedad.

Por su lado, la filósofa Judith Butler (2004) plantea que el duelo no solo es una respuesta emocional ante la pérdida, sino una revelación del vínculo: solo se puede doler lo que se ha amado. Reconocer el duelo implica reconocer al otro como parte constitutiva del yo. Cuando ese reconocimiento se niega, aparece la tragedia. En este marco, el duelo es un acto de amor hacia lo perdido.

Trabajar el duelo es darle un lugar propio al fallecido, convivir con el pasado para poder habitar el presente. La muerte no es solo un final: es una dimensión constitutiva de lo humano. Davide Sisto, filósofo italiano, en su obra *Posteridades digitales: Inmortalidad, memoria y luto en la era de Internet* (2018) sugiere que la conciencia de la finitud es “el arma secreta para crecer” y humanizar los vínculos.

El duelo no es solo individual: es social, cultural, histórico

El mito de la IA “consoladora” no surge en el vacío. Se inscribe en una sociedad que evita el dolor, que medicaliza la tristeza, que convierte la muerte en una falla técnica. También en una época marcada por la soledad crónica, la desconexión afectiva y la búsqueda desesperada de compañía, aunque sea artificial. Comprender el duelo hoy exige mirar no solo al individuo doliente, sino a la sociedad que construye las formas de doler.

Las empresas *tech* y los mercados de la nostalgia no son ingenuos: ofrecen consuelo enlatado, compañía paga, memorias interactivas, cementerios virtuales. ¿El riesgo? Que el duelo se vuelva un consumo más. Que lo que antes era un proceso humano doloroso pero necesario, se transforme en una experiencia de usuario: customizada, postergable, superficial. El mercado global de IA en servicios fúnebres y memorialización digital está proyectado en más de \$500 millones de dólares para 2030.

Vivimos bajo el signo del *foreverism* (Tanner, 2023): un capitalismo afectivo que mercantiliza la memoria, la nostalgia y el deseo de trascendencia. La cultura occidental transforma la muerte en un tabú incómodo y la relega al ámbito médico. En este marco aparece un mandato implícito: doler poco, doler bien, doler rápido. Y si duele demasiado, ¿por qué no probar con una pastilla, o mejor, con un bot?

Si nuestra cultura está negada a aceptar que somos finitos, ¿cuál sería el problema de guardar nuestra consciencia en la nube y convertirnos en infinitos? Esto plantea interrogantes filosóficos serios: ¿qué parte de una persona se graba? ¿Qué queda fuera? ¿Puede una configuración de datos representar realmente una identidad humana?

Las réplicas suelen excluir contradicciones, condicionamientos contextuales o aspectos inconscientes, generando una versión “editada” de la persona. Nos volvemos editores de nuestra narrativa y, por tanto, de nuestras versiones inmortales, cuestionando la autenticidad de esas copias.

Además, existe un vacío legal y ético sobre el consentimiento *post mortem*. ¿Qué se puede hacer con nuestra identidad digital tras la muerte? ¿Quién tiene derecho a interactuar con ella? ¿Nuestra familia olvidará a nuestro yo verdadero y recordará a ese “yo digital”? ¿Tiene esa réplica derechos *post mortem*? Como para traer un ejemplo concreto, en 2021, durante la audiencia judicial por el asesinato de Christopher Pelkey en Arizona, su familia presentó un video generado por IA donde Pelkey “hablaba” al tribunal mediante un avatar con su rostro y voz clonados. El mensaje, escrito por su hermana, incluía palabras de perdón y una despedida personal, pero no fue redactado por Pelkey en vida ni contaba con su consentimiento. Aunque el video fue bien recibido por el juez y la defensa, plantea un serio dilema ético: se usó la imagen y la voz de una víctima para transmitir

“La IA puede ayudar en el duelo”. ¿Es posible un consuelo artificial ante la muerte?

emociones y valores que no podemos asegurar que hubiera expresado, exponiendo el riesgo de manipulación póstuma y distorsión de la subjetividad en contextos tan sensibles como la justicia.

¿Y si lo verdaderamente novedoso fuera vincularnos realmente, y no artificialmente?

La tecnología nos ofrece recursos potentes, sí, y ahora es el momento donde debemos detenernos a analizarlas, no después. Donde como humanos debemos trazar la línea de lo no-humano: el duelo no es una falla del sistema, es parte de estar vivos.

Frente a la tentación de reemplazar, quizás lo más humano sea recordar. Y dejar ir. Como se pueda y en el tiempo que se deba. Un duelo atravesado significa que la persona deja de necesitar sostener la presencia imaginaria del fallecido y comienza a hacerle lugar simbólicamente, es decir, inscribir su ausencia en el mundo propio: darle un lugar en la trama de sentido, aceptar que ya no está físicamente pero sigue presente como significante, como huella, como recuerdo. La tristeza no desaparece, pero deja de bloquear. La culpa se tramita, y el recuerdo se vuelve habitable. No es solo un proceso de adaptación, sino de resignificación. A largo plazo, muchas personas desarrollan mayor resiliencia, autoconocimiento y una capacidad renovada de vincularse e ilusionarse.

Al bajar el mito al terreno cotidiano, vemos dolientes atrapados en bucles de interacción con sus “fantasmas digitales”, reiterando un duelo que no avanza. Se amortigua el dolor con tecnología, pero no se lo elabora. Subiéndolo al plano estructural, lo que aparece es un sistema cultural y económico que medicaliza la muerte, privatiza el duelo y convierte el sufrimiento en algo a corregir.

Este mito instala como verdades ideas que en realidad merecen ser cuestionadas. Nos hace creer que morir es una falla técnica corregible, que lo sano es evitar todo dolor, que la conciencia puede archivarse como si fuera un archivo digital y que la soledad es un problema individual, cuando muchas veces es el resultado de vínculos debilitados por un ritmo de vida cada vez más acelerado, desconectado y aislado.

El mito de la IA como consuelo ante la muerte se sostiene en una verdad incómoda: el duelo duele, y todo lo que prometa aliviar rápido y de forma ordenada se vuelve tentador. La tecnología actual permite recrear presencias de manera impactante. No es una fantasía futura: ya es parte del presente. Lo que se vende (y lucra) es una posibilidad emocional de retención, una ilusión de continuidad frente a la ruptura radical de la muerte. Pero lo que se oculta —lo que el mito edita— es su efecto simbólico. Las réplicas digitales no son el otro, son una interfaz que devuelve

fragmentos seleccionados, sin alteridad real, sin historia compartida, sin imprevisibilidad. Son espejos entrenados para no contrariar. Y un vínculo que no se tensiona, no se transforma. Lejos de acompañar el proceso de duelo, estas tecnologías pueden fijarlo, congelarlo, distorsionarlo. Lo que se promete como consuelo puede convertirse en repetición estéril.

Este fenómeno abre un campo fértil de varios interrogantes éticos, psicológicos, filosóficos y jurídicos. También se abre una discusión sobre el duelo como proceso individual versus fenómeno social: ¿estamos tratando de negar la muerte o de negar que somos mortales?

Frente al vértigo de los avances tecnológicos, todavía podemos elegir mirar con cuidado, con una ética viva y con espíritu crítico. Podemos educarnos, crear espacios de conversación, resignificar lo que nos pasa. No estamos obligados a entregarle a la IA lo más íntimo de nuestra experiencia humana: la amistad, el duelo, el amor, la pregunta por el sentido y por la muerte.

La IA puede asistir, pero no debe dirigir. El duelo es, y seguirá siendo, una experiencia radicalmente humana. Al fin y al cabo, lo que nos diferencia como humanos es la consciencia de nuestra propia muerte, y si aun así deseamos insistir en conservar algo verdaderamente “inmortal”, que sea nuestra capacidad de significar lo que duele, aunque duela.

Estoy convencida de que la IA puede ofrecer herramientas potentes para preservar memorias, para resignificar vínculos, incluso para acompañar ciertos momentos de soledad. No la demonizo; es útil, es entretenida, puede ser “compañera”. Pero eso no la vuelve idónea para un proceso tan delicado y complejo como un duelo. Una elaboración del duelo postergada no es un alivio: es una deuda.

Referencias

BBC Mundo (2018, 6 de octubre). Creó un chatbot para hablar con su mejor amigo muerto: la historia de Roman Mazurenko. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-45727287>

Butler, J. (2004). *Prekarious life: The powers of mourning and violence*. Verso.

CBC (2021, 17 de noviembre). After her best friend died, this programmer created an AI chatbot from his texts to talk to him again. <https://www.cbc.ca/documentaries/the-nature-of-things/after-her-best-friend-died-this-programmer-created-an-ai-chatbot-from-his-texts-to-talk-to-him-again-1.6252286>

“La IA puede ayudar en el duelo”. ¿Es posible un consuelo artificial ante la muerte?

CORDIS (s.f.). Move over chatbot, here comes the deadbot. <https://cordis.europa.eu/article/id/451347-move-over-chatbot-here-comes-the-deadbot/es>

Duffy, C. (2025, 9 de mayo). Tribunal estadounidense acepta testimonio generado por IA en juicio por asesinato. *CNN Español*. <https://cnnespanol.cnn.com/2025/05/09/eeuu/tribunal-testimonio-ia-asesinato-trax>

Elías, N. (1982). *El proceso de civilización (Vol. 2)*. Fondo de Cultura Económica.

Freud, S. (1917). Duelo y melancolía. En *Obras completas (Tomo XIV)*. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. En *Obras completas (Tomo XVIII)*. Amorrortu Editores.

Losantos, S., Díaz, P. y Pastor, P. (2018). *Guía de Duelo Adulto para Profesionales Socio-Sanitarios*. Fundación Mario Losantos del Campo.

Replika. (s.f.). <https://replika.com/>

SFGate (2023, 27 de abril). Replika: El chatbot que nació de un duelo. <https://www.sfgate.com/tech/article/replika-san-francisco-ai-chatbot-17915543.php>

Sisto, D. (2022). *Posteridades digitales: Inmortalidad, memoria y luto en la era de Internet*. Katz Editores.

Tanner, G. (2023). *Foreverism: Capitalismo afectivo y mercantilización de la memoria*. Caja Negra.

The Verge. (s.f.). Luka and the artificial intelligence memorial of Roman Mazurenko. <https://www.theverge.com/a/luka-artificial-intelligence-memorial-roman-mazurenko-bot>